

DOCUMENTOS

MEMORIA Y RECONCILIACIÓN. UN ENFOQUE PASTORAL SOBRE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN LA ARGENTINA, EN LAS DÉCADAS DEL '60 Y '70

Monseñor Carmelo Juan GIAQUINTA
Arzobispo emérito de Resistencia

A *puntes para el ciclo de conferencias “Memoria y Reconciliación. Reflexiones sobre la violencia política en Argentina, en las décadas del '60 y '70”, organizado por el Centro de Estudiantes de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Exposición brindada el lunes 1º de octubre de 2007 en el Auditorio “Monseñor O. Derisi”.*

Introducción

1. Comienzo a redactar esta charla hoy lunes 24 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de la Merced, “consuelo de los afligidos y libertadora de los cautivos”, como la llamamos en la oración del día. Lo primero que se me ocurre es agradecer a Dios Nuestro Padre por el interés de ustedes, los jóvenes de Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica Argentina, por conocer y comprender lo sucedido en las décadas del '60 y '70, en especial por la violencia política entonces vivida, según reza el subtítulo de estas Jornadas.

I. Dolor en carne viva

2. ¿Fue tanta la violencia de aquellas décadas?, preguntarán. Anteanoche, sábado 22 de septiembre, en el Carmelo de la calle Ezeiza,

después de la Misa en acción de gracias por el 60° aniversario sacerdotal del Padre Lucio Gera, antiguo decano de la Facultad de Teología y eminente profesor, se acercó a saludarme una mujer y me dice:

–*Soy la hermana del Padre Mujica. ¡No sabe cómo Carlos los quería a Gera y a usted!*

–*¡No me digas que sos la hermana de Mujica!*- le respondí –*Hace pocos días, estando en Entre Ríos, alguien me habló de vos. Yo también lo quería mucho a Carlos. Si tenés las fotos del entierro, uno de los que llevan el ataúd soy yo.*

–*Me voy a fijar. Yo cuido su memoria. Su recuerdo es muy actual. En su tumba siempre hay flores.*

Al Padre Carlos Mujica lo mataron el 11 de mayo de 1974, después de la Misa, al salir del templo San Francisco Solano. ¿Quiénes? ¿La Triple “A”? Nunca se descartó que hubiesen sido los Montoneros, a quienes incomodaba el mensaje antiviolento de Mujica. Por eso los sacerdotes no permitimos que, excepto nosotros, nadie más llevase el ataúd.

3. Pocos días antes, el jueves 20 de septiembre, en Gualeguaychú, conversando con un sacerdote de mi edad, le pregunto:

–*¿Vos sos hermano de la Hermana Tal de la Congregación Niño Jesús?*

–*No, ella es mi prima. Pero tengo dos hermanas en esa Congregación. Una volvió ahora del África. Y además tenía otro hermano sacerdote, Nelio, desaparecido-* Y se pone a llorar. Y entre los sollozos, le escucho: –*Me dicen que lo torturaron. Y que, como era sacerdote, lo crucificaron.*

–*¡Cuánto dolor!*

–*¡Y qué orgullo!*- me responde.

4. ¿Sigo? A comienzos de septiembre del año pasado, el Cardenal Bergoglio me encargó que presida una Comisión Episcopal especial, cuyo cometido es recoger en el ámbito eclesial todo lo relativo a la muerte de monseñor Enrique Angelelli y hechos conexos; y colaborar con la justicia civil en establecer la verdad de los hechos. He asumido la tarea con cariño. Pero no imaginan Ustedes lo doloroso que, por momentos, resulta. No es broma ver la foto de un compañero tirado en un charco de sangre. O tener que inventariar su ropa ensangrentada. Si fue un accidente provocado o no, eso lo tiene que decir la justicia. Pero

que su muerte fue festejada esa noche en círculos de la dirigencia riojana, civil y militar, consta.

5. ¿Sigo todavía? El año pasado, a fines de julio, en Junín de los Andes, en una de las Misas de los Ejercicios Espirituales del Clero de Neuquén, un sacerdote encomienda a nuestra oración al Padre Mauricio, de los Hermanitos de Jesús. Y nos recuerda que trabajaba de barrendero en Buenos Aires, desapareció, y al tiempo fue arrojado a la calle desde un auto, maltratado y casi agonizante. Me estremecí con ese nombre y el testimonio escuchado. El Padre Mauricio me había recibido en Montevideo en 1973 cuando fui a dictar un curso al Clero uruguayo. Me trató con fraternidad exquisita y pude admirar el ardor de su caridad. Poco tiempo después lo hospedé en mi casa, antes de su ingreso en la congregación de los Hermanitos de Jesús.

6. Por lo que ustedes pueden apreciar a través de cuatro anécdotas que me han sucedido recientemente, sin que las buscase, el tema planteado por ustedes en este ciclo de conferencias, es muy actual. Hay mucha gente que llora hoy por lo sucedido ayer. Un ayer todavía fresco. Si bien el paso del tiempo ayuda a mitigar el dolor, cuando éste es muy grande treinta años es casi nada. Por ello es muy oportuno que ustedes los jóvenes, llamados a asumir responsabilidades en la sociedad política, se planteen qué sucedió, por qué, cómo lo podemos superar y cómo sacar experiencia.

II. La violencia de las décadas del 60 y 70

7. Ustedes han delimitado el campo de estas charlas a la “violencia política de las décadas del ’60 y ’70”. A la misma me he referido en varios escritos. Por si quisiesen consultarlos, cito los más accesibles publicados en Buenos Aires:

1º.) una lección que di en febrero de 1980 en la Universidad de Múnster, Alemania, en el ámbito del “Intercambio Alemán-Latinoamericano”, que publicó *Criterio* (1980, pp. 239-253): “Cultura latinoamericana y Evangelización. Apuntes, reflexiones y digresiones en torno a Puebla”.

Puede verse el párrafo muy breve sobre “Tiempo de liberación” (p. 245), donde sólo hago una insinuación al horror de la época. No es muy valiente, que digamos. ¿Incapacidad de hacerlo en pocas líneas? ¿Temor que a mi regreso sufriese alguna represalia? ¿Y si no en mi persona, en los muchachos del Colegio Eclesiástico Los Doce Apóstoles, o en los de la Facultad de Teología? Durante los años '70 viví como una clueca que cuida a sus pollitos. Que la “Triple A” o los militares no tocasen a ninguno de mis muchachos; y que ninguno fuese seducido por la guerrilla revolucionaria;

2°.) me referí a esa época más ampliamente en la *Semana de Teología*, en junio de 1985, al comentar las orientaciones de *Libertatis nuntius. Instrucción sobre algunos aspectos de la “Teología de la Liberación”* (Congregación para la Doctrina de la Fe, 06/08/1984);

3°.) ese mismo año volví sobre el tema en “Reavivar la esperanza cristiana. A veinte años del Concilio” (*Criterio*, 1985, pp. 693-713; especialmente, pp. 698-704); y

4°.) por fin, en 1996, “Mi testimonio a veinte años del Proceso” (*Criterio*, 1996, pp. 122-131), dedicado especialmente a los años '70.

III. Marco global de la época

8. Aquí no haré un film de los hechos violentos que se sucedieron en la Argentina en esas décadas. Para ello me remito a lo expuesto por los conferencistas anteriores y a mis escritos recién citados. Sólo enumeraré los hechos o características sobresalientes de las dos décadas que vengan a mi memoria (sin acudir a archivo alguno), que ayuden a encuadrarlas y, tal vez, a entender el fenómeno de la violencia política desatada en ellas.

Ustedes hagan el esfuerzo de completar el cuadro. O si quieren, corrijanlo. Pero háganlo con argumentos, no sólo con sentimientos o prejuicios. Les recomiendo asumir nuestra historia en su integridad, sin prejuicio alguno. Al respecto, vale la pena recordar cuanto dijimos los Obispos en la carta pastoral sobre la Doctrina Social de la Iglesia “Una luz para reconstruir la Nación” (11/11/2005), al señalar la verdad como uno de los criterios fundamentales para desarrollar esa Doctrina y aplicarla a la situación concreta:

La interpretación de la historia argentina está atravesada por cierto maniqueísmo, que ha alimentado el encono entre los argentinos. Lo dijimos en mayo de 1981, en *Iglesia y Comunidad Nacional*: “Desgraciadamente, con frecuencia, cada sector ha exaltado los valores que representa y los intereses que defiende, excluyendo los de los otros grupos. Así en nuestra historia se vuelve difícil el diálogo político. Esta división, este desencuentro de los argentinos, este no querer perdonarnos mutuamente, hace difícil el reconocimiento de los errores propios y, por tanto, la reconciliación. No podemos dividir al país, de una manera simplista, entre buenos y malos, justos y corruptos, patriotas y apátridas. No queremos negar que haya un gravísimo problema ético en la raíz de la crítica situación que vive el País, pero nos resistimos a plantearlo en los términos arriba recordados” (31). A veintidós años de la restauración de la Democracia conviene que los mayores nos preguntemos si transmitimos a los jóvenes toda la verdad sobre lo acaecido en la década del '70. O si estamos ofreciéndole una visión sesgada de los hechos, que podría fomentar nuevos enconos entre los argentinos. Ello sería así si despreciásemos la gravedad del terror de Estado, los métodos empleados y los consecuentes crímenes de lesa humanidad, que nunca lloraremos suficientemente. Pero podría suceder también lo contrario, que se callasen los crímenes de la guerrilla, o no se los abominase debidamente. Éstos de ningún modo son comparables con el terror de Estado, pero ciertamente aterrorizaron a la población y contribuyeron a enlutar a la Patria. Los jóvenes deben conocer también este capítulo de la verdad histórica. A tal fin, todos, pero en especial ustedes, fieles laicos, que vivieron en aquella época y eran adultos, tienen la obligación de dar su testimonio. Es peligroso para el futuro del País hacer lecturas parciales de la historia. Desde el presente, y sobre la base de la verdad y la justicia, debemos asumir y sanar nuestro pasado (30).¹

9. Para encuadrar las dos décadas de nuestro estudio, agruparé mis recuerdos en tres niveles: a.) el mundo de la política; b.) el mundo de la

1. Ejemplo de prejuicio a desterrar es el desafortunado comentario del Presidente Néstor Kirchner sobre esta carta pastoral del Episcopado. Cfr. *La Nación*, jueves 17 de diciembre de 2005.

cultura; y c.) la Iglesia. Y estos, a su vez, en tres dimensiones geográficas: el mundo, América Latina y la Argentina.

OBSERVACIÓN SOMERA DEL MUNDO DE LA POLÍTICA

10. En el contexto internacional conviene tener presente: a.) las guerras de liberación de las colonias africanas a fines de los '50 y comienzos de los '60, tales los conflictos en Argelia, el Congo o Angola; b.) el afianzamiento del bloque comunista bajo la férula de Moscú, demostrado en la tentativa de establecer misiles en Cuba; y c.) la guerra de Vietnam con la derrota militar de los Estados Unidos.

En el contexto latinoamericano: a.) el vuelco al comunismo de la revolución cubana; b.) el gobierno militar del Brasil (1964), con su peso en el fomento de los gobiernos militares en América Latina; c.) el intento revolucionario del *Che* Guevara en Bolivia (1967); c.) el surgimiento de la guerrilla en Uruguay (*Tupamaros*) y Chile (MIR); y d) el establecimiento de un gobierno marxista por la vía democrática en Chile.

En la Argentina: a.) la pobre conciencia ciudadana, manifestada en la observancia formal de los procedimientos democráticos y en la preferencia por caudillos que concentran el poder; b.) la proscripción del peronismo y la fuerte influencia de Perón desde el exilio; c.) la guerra intestina de las Fuerzas Armadas que explotó en el enfrentamiento entre Azules y Colorados; d.) el acostumbamiento y la connivencia de los civiles a los golpes militares; e.) el mesianismo del Proceso de la Revolución Argentina instalado en 1966; f.) el surgimiento de la guerrilla revolucionaria en Tucumán y, luego, el ERP y los Montoneros; g.) la tendencia, enquistada en nuestra idiosincrasia, a buscar la raíz de nuestros problemas sólo fuera de la Argentina; por ejemplo, en las escuelas militares dependientes del Pentágono en el Caribe y en la doctrina de la seguridad nacional; y h) la incapacidad de análisis y autocrítica de lo acontecido que siempre han mostrado los grandes partidos políticos.

OBSERVACIÓN DEL MUNDO DE LA CULTURA

11. En general: a.) la adhesión al marxismo de gran parte de la Universidad en Occidente; b.) ídem, de buena parte del periodismo,

artistas e intelectuales; c.) el optimismo ingenuo por el desarrollo económico hasta la crisis del petróleo en 1973.

OBSERVACIÓN DEL MUNDO CATÓLICO

12. En Europa: a.) la simpatía hacia el marxismo de muchos intelectuales católicos; y b.) el desprecio de la Doctrina Social de la Iglesia y la búsqueda de una ideología eficaz que estableciese la justicia en el mundo.

En América Latina: a.) la figura emblemática del padre Camilo Torres, embarcado en la guerrilla de Colombia; b.) la declamación de un “marxismo latinoamericano”;² y c.) la desorientación de importantes órdenes y congregaciones religiosas.³

En la Argentina: a.) una identificación un tanto superficial entre peronismo y cristianismo (o entre peronismo y puesta en práctica de la Doctrina Social de la Iglesia), que impidió que el movimiento obrero se afirmase en los principios cristianos que posee y se confrontase con la doctrina social de Iglesia en su integridad, y así asumir los elementos necesarios para discernir conductas espurias que le impiden jugar en plenitud su papel de defensor de los trabajadores en una sociedad democrática; b.) el lastre de cierto ultranacionalismo y su consecuente debilidad,

2. En septiembre de 1970, al viajar a Italia con ocasión de los 70 años de mi padre, le pedi autorización al Cardenal Aramburu para quedarme un semestre en Roma para tener tiempo y estudiar el marxismo.

—¿Y por qué?

—Estoy harto de escuchar declamar sobre el “marxismo latinoamericano” y que nadie me sepa decir de qué se trata.

—Muy bien, hazelo.

Estando allá, en febrero de 1971, me envió mis honorarios de profesor del primer semestre para poder soportar mi estadía.

3. Alumnos míos religiosos en la Facultad de Teología me confidenciaron: a.) “Antes estudiábamos en Chile. En lugar de la primera lectura del Antiguo Testamento, leíamos fragmentos de Mao Tse Tung, como si fuese un profeta moderno”; b.) “Mis superiores me enviaron a Montevideo durante el verano. Allí asistí a un curso del Padre tal, jesuita (que luego abandonó la Orden). Al finalizar la charla, apagó el grabador. Y agregó: ‘Esto sólo se arregla con el comunismo’”.

que derivó hacia los extremismos del marxismo de la guerrilla revolucionaria y de la dictadura militar; c.) la ambigüedad del movimiento de “los curas para el tercer mundo”; d.) la confusión entre “Reino de Dios” y progreso temporal; e.) la ausencia en la vida pública de un laicado formado para la actividad política, como el que floreció en Europa en la posguerra; y f.) la carencia de reflexión por parte de la Iglesia sobre la cambiada situación de la sociedad argentina a evangelizar.

13. Cada uno de los ítems arriba señalados merecería un desarrollo, que lo justificase. No lo haré. Sólo los sugiero para que Ustedes los tengan en cuenta.

IV. Algunos rasgos sobresalientes

“HEMOFILIA”

14. En el cuadro, que acabamos de enmarcar, ¿cuáles son los rasgos sobresalientes que llevaron al vendaval de la violencia? Señalaré tres.

En primer lugar, una cierta “hemofilia” espiritual. Un amor macabro a la sangre. O, si se prefiere, desprecio por la misma. Esta enfermedad se me hizo evidente con el asesinato de Aramburu en 1970. *¡Tanto lío porque han matado a un general que fusiló a los obreros en José León Suárez! A ellos nadie los lloró.* Así se razonaba por aquella época en alguna sacristía. Durante varios años, el 10 de cada mes, en la capilla del Colegio Niño Jesús, celebré la Misa en sufragio del coronel Cogorno, mandado fusilar por Aramburu. Y luego saludaba y consolaba a su viuda. La figura de Aramburu, que desplazó al general Lonardi y ordenó los fusilamientos de junio de 1956, no me era nada simpática. Sin embargo, era un argentino y lo habían asesinado. ¿No era el momento de llorar por él? ¿Por qué condicionar el derramar una lágrima hoy a otra que no se derramó en su momento? ¿O comparar una sangre con otra? Toda sangre humana tiene un valor infinito y sólo es comparable a sí misma. Ese día intuí que la muerte de Aramburu era la señal de una terrible tragedia que se cernía sobre la Argentina.

15. *¡Duro, duro, duro! Aquí están los Montoneros que mataron a Aramburu! ¡Duro, duro, duro...!* Así gritaban a coro los Montoneros, la noche del 18 de noviembre de 1972, frente a la Casa de Olivos donde se

albergaba el general Perón. El “Viejo” en el balcón los escuchaba en silencio. No hizo ningún comentario. Me encontraba en la vereda de enfrente sobre el lado derecho, mirando al balcón, a menos de cincuenta metros, acompañado de un estudiante de la Facultad de Teología. Me estremeció ese coro trágico y también el silencio del General. Hoy me pregunto: ¿qué habría sucedido esa noche, en esa calle no muy ancha, si Perón hubiese adelantado el discurso del 1° de mayo de 1974 cuando expulsaría a los Montoneros de la Plaza de Mayo?

16. *El mejor enemigo es el enemigo muerto.* La noche del sábado 25 de abril de 1975, si mal no recuerdo, al salir de la Basílica Santa Rosa, encontré empapelada la Avenida Rivadavia con carteles donde la Triple “A” entonaba su canto a la muerte de los argentinos “enemigos”. Ante ese horror, a los pocos metros no pude caminar más. “Laberintitis espasmódica”, diagnosticó luego el médico. Todavía dos meses después no había recobrado plenamente el equilibrio.

17. *Aquí lo que hace falta es fusilar a veinticinco mil tipos, y se arregla todo.* Por aquella época este era un razonamiento corriente de gente “derechosa” ante los brotes de violencia de la izquierda. Los Montoneros también venían y te susurraban al oído: *Somos veinticinco mil.* Se los veía dispuestos a todo. Y, de hecho, eran capaces. Hasta tenían acorralados los cuarteles y las comisarías.

18. *Chicos, por favor, rajen a la casa de algún pariente o a una Parroquia. Ya hablé con algunos párrocos que los recibirán.* Así les dije a mis muchachos del Colegio Los Doce Apóstoles, el domingo 5 de julio de 1976, después de la masacre de los palotinos, cuando llegué corriendo desde la Trapa de Hinojo.

19. Podríamos seguir. Además de cientos de otras anécdotas de sangre de esa guerra terrible entre hermanos argentinos, habríamos de enumerar la sangre de otros hermanos. De los chilenos en 1978 con la inminente guerra, de cuyo derramamiento nos salvó Juan Pablo II. Gesto que los argentinos todavía no hemos sabido agradecer. Y de la sangre de los británicos, en 1982, con la desastrosa guerra del Atlántico Sur.

20. ¿Para qué más sangre? ¿Para borrar una con otra? ¿Hemofilia! ¿Amor a la sangre! Y no a la de Cristo. Ni a la propia. Sino gozo sádico de ver correr la sangre del hermano. ¿De dónde nos viene a los argentinos esta patología? Tal vez sea tan vieja como el surgimiento de la Argentina como Estado nacional. Nuestra independencia de España fue un comen-

zar a matarnos entre nosotros, durante más de cuarenta años. Unitarios contra federales; y viceversa. ¿Eso lo tenemos metido todavía en el alma? En la escuela primaria nos encantaba jugar a ambos bandos, peleándonos entre nosotros.

Si queremos superar esta enfermedad, deberíamos analizar incluso la educación recibida en la infancia.⁴ Y cómo, sobre esa base, sobreactúa hoy la permanente instigación a la violencia transmitida por los medios. No se aprende de golpe a derramar sangre. Pero ya nos escapamos del marco de esta charla. Volvamos a lo nuestro.

EL ENCANTAMIENTO DEL BALCÓN

21. Los argentinos padecemos otra enfermedad, que potencia la anterior: el encantamiento ante el balcón de la Plaza de Mayo. “El pueblo quiere saber de qué se trata”: lo aprendimos en la escuela, contemplando una pintura del Cabildo, con la plaza lluviosa llena de paraguas. Pero no nos damos cuenta que el encantamiento nos ha hecho perder el sentido de la orientación. Hace muchísimo dimos la espalda al Cabildo, símbolo del pueblo; y comenzamos a mirar hacia la “Casa Rosada”, símbolo del “monarca”, desechado al declarar la Independencia en 1816. Y cambia-

4. Allá por 1940, un día de lluvia, en el Colegio San José de San Isidro, se me ocurrió decir: “¡Que lindo si cada gotita fuese una bala contra los ingleses!”. Mi maestra, que era una religiosa, quedó espantada. “Carmelo, ¿qué estás diciendo? Mejor que digas: “Si cada gotita fuese un acto de amor a Dios...”. ¿De dónde me venía a mí, mocoso, esa furia contra los ingleses? Posiblemente de la narración escolar de las Invasiones Inglesas. ¡Qué lindo hervir aceite para tirársela a los ingleses!

Años más tarde, estando ya en el Seminario Menor, me expresé ante mi padre con palabras escuchadas de compañeros entrados al Seminario con más edad: “¡A esos bolches hay que darles duro...!”. Mi padre también se sobresaltó y me reprendió. Había experimentado el dolor de un compañero de trabajo cuyo hijo había muerto en una reyerta entre nacionalistas y comunistas.

Por aquella época era muy frecuente escuchar en ambientes eclesiásticos: “A esta Iglesia le hace falta una persecución que la purifique”. El “fuego purificador”, cuando deja de ser una figura que simboliza al Espíritu Santo, se vuelve destructor. Y no es cristiano. ¿Queda algo de ese espíritu en revelaciones privadas que circulan y prometen terribles castigos divinos si no hace la consagración de tal Nación al Corazón de María? Curiosa mariología. Y curiosa noción de la evangelización de un pueblo.

mos la búsqueda del bien común entre todos por la cuasi-adoración del máximo custodio del mismo y la esperanza de que él nos lo regale. Solemos mirar ansiosos el “balcón” por si éste aparece. Y cuando lo hace y ve la Plaza llena, a veces se enardece y comienza a pedir sangre. “Cinco por uno”, clamó Perón, el 31 agosto de 1955. “Que venga el Principito”, clamó Galtieri, en abril de 1982, pocos días después que en la Plaza propinó palos a los obreros.

En ese balcón, el 25 de mayo de 1973,⁵ Cámpora se ilusionó con el inicio de una era de paz. Porque la violencia injusta de arriba había sido vencida por la violencia santa de abajo. ¿Desconocía que la bestia cebada pide más sangre? Abrió las cárceles para contribuir a la pacificación de los argentinos. El 20 de junio, menos de un mes después, sucedía la masacre de Ezeiza.⁶ Nuevamente sangre. Y no ya derramada por los gorilas contra el aluvión zoológico. O por los militares contra los civiles. Sino por peronistas contra peronistas: *¡Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista!* ¿Lo sucedido el 17 de octubre del año pasado en San Vicente es un remezón de aquella jornada? ¿Preludio de llantos futuros?

En el balcón vimos todavía a Isabelita y a López Rega soplándole el discurso.

¿Cuándo los argentinos tapiaremos ese maléfico “balcón”?⁷ El “balcón” (adoración del monarca) y la “hemofilia” (odio al hermano) van juntos.

5. Ese día por la tarde quise ir a la Plaza de Mayo. Al llegar a Retiro, la estación estaba desierta, pero llena de gases por una intervención policial previa, de modo que tuvimos que huir hacia atrás, a las vías, buscando el aire libre.

6. Ese día me encontraba con unos estudiantes de la Facultad de Teología en la autopista a Ezeiza, junto al cerco de la finca de los Salesianos “Ceferino Namuncurá”, a menos de 300 metros del Puente 12. Por los parlantes se escuchaban los gritos del Coronel Osinde y las recomendaciones del artista Leonardo Favio. Comenzaron a pasar las ambulancias sonando las sirenas. Al principio no entendía lo que sucedía. Pensaba en disturbios normales cuando hay mucha gente. Después divisé que estaban disparando. A pocos metros encontré una especie de escuadrón con un cartel: “Montoneros – Salta”, en pose militar, con pinta de malos. Me entró miedo. Y me retiré con mis muchachos a las 17.

7. En octubre de 1949, apenas llegado a Roma para mis estudios teológicos, un jueves (ese día no había clases en la Universidad Gregoriana) estábamos un grupo de estudiantes argentinos en la Plaza Venecia. Se nos ocurrió preguntarle a un italiano que pasaba: “¿Cuál es el balcón donde se asomaba Mussolini?” Nos miró espantado. Y casi con repugnancia, nos indicó: “Lì si affacciava il Duce”; y se fue con paso rápido. Habían pasado sólo cuatro años desde el fin de la Guerra y los italianos ya habían tapiado definitivamente en su espíritu el balcón del *Palazzo Venezia*.

Imposible así construir una democracia pluralista, donde haya lugar para todos, todos, todos.

“¿Yo? ¡ARGENTINO, SEÑOR!”

22. Una tercera enfermedad es la “picardía”. Los argentinos nos especializamos en ella. Esta palabra esconde un mundo. Hay picardías divertidas. “Es un pícaro”, solemos decir de los niños que hacen travesuras. Hay picardías que son chanchadas. Algunos políticos aplican la frase a otro que robó o mintió, cuando quieren denunciarlo pero no se animan a llamar las cosas por su nombre. Hay otro tipo de picardía que indica cobardía. Se expresa en el dicho: *¿Yo? ¡Argentino, señor!* Más que un dicho jocoso, es un insulto. Por fortuna se lo escucha cada vez menos. Con él se quiere significar que uno se lava las manos, que no sabe nada del asunto, que nada tiene que ver con lo sucedido, que toda la responsabilidad es de los otros y sólo de los otros.

Con lo triste e insultante que es este dicho, señala una actitud que nos caracteriza. De hecho, ¿quiénes se han hecho cargo públicamente de lo sucedido en las décadas del '60 y '70? Las Fuerzas Armadas por haber sido las causantes del horror de la represión ilegal. En forma ejemplar, el Ejército. Y la Iglesia, por no haber estado a la altura de las circunstancias en la defensa de los Derechos Humanos. Y ésta lo hizo, no sólo en múltiples documentos, sino en un Encuentro Eucarístico Nacional realizado en Córdoba, durante el Gran Jubileo, en una celebración litúrgica *ad hoc* sobre un gran escenario al aire libre, donde el pedido de perdón fue dramatizado por la cúpula episcopal revestida con ornamentos morados. ¿Los demás? ¿Los partidos políticos? ¿La Universidad? ¿Los medios de comunicación? ¿Los antiguos guerrilleros? Hasta ahora, mutis por el foro. O bien disimulan su silencio culposo repitiendo su viejo grito contra la jerarquía.

¿ÁNGELES Y DEMONIOS?

23. ¡Vaya Usted a decir que todos tenemos responsabilidades a compartir en lo sucedido en la Argentina en aquellas décadas! Me refiero a

todos los que entonces teníamos uso de razón.⁸ “Responsabilidades”, o como Ustedes quieran llamarlas. Busquen la palabra adecuada a la situación de cada uno: ignorancia, falta de espíritu crítico, pasividad, “no te metás”, “mirar hacia el costado”, connivencia, complicidad, corresponsabilidad, autoría directa, “solidaridad con el pasado”, etc.

Es clásico que los argentinos dividamos la historia en dos bandos, como cuando éramos niños y jugábamos “al vigilante y ladrón”. O cuando al estudiar historia contraponíamos la historia oficial y un revisionismo maniqueo.⁹

Apenas intentás hoy que se considere la situación de los '60 y '70 en su totalidad, militares represores y guerrilleros revolucionarios incluidos, enseguida algunos adoptan pose de filósofos y te enrostran que sos defensor de la *Teoría de los Dos Demonios*. Es cierto que no es lo mismo el Terror de Estado impuesto por el Gobierno militar que el estado de terror impuesto por la guerrilla revolucionaria. Y que, entre ambos terrores, hay un océano de distancia. Pero también es cierto que en la vida de una Nación no hay “Ángeles y Demonios”. Y que los guerrilleros de los '60 y '70 no fueron los Ángeles que hoy pretenden hacerles creer a Ustedes los jóvenes. Lo cual no disminuye un ápice la maldad de la represión del régimen militar, que no sólo fue ilegal, sino infernal.

24. Por otra parte, pregunto: ¿de dónde se ha sacado que existe una *Teoría de los Dos Demonios*? ¿La enunció algún gran pensador? ¿O es una nueva picardía argentina? Estando en Europa después del fascismo y nazismo (1949-1955), nunca la escuché en boca de nadie. Cuando les preguntaba a los italianos y alemanes por el pasado reciente, nadie me confesó haber sido nazi o fascista. Pero tampoco nadie se sacó el bulto de lo sucedido. Y mucho menos se lo tiraba todo al prójimo. Allí todo el mundo asumía el vergonzoso pasado y trabajaba por la reconstrucción material y la edificación de una democracia nueva y sólida. Esto en

8. En septiembre de 1974 tuve que hacer malabarismos para sacar del país a un pibe de quince años, cuyo padre vino a verme lloroso, suplicándome: “Por favor, saque a mi hijo afuera, a donde sea, a Italia. Se quiere salir de los Montoneros, pero si se va lo matan”. ¿Cierto o mentira? El papá y el pibe lo vivían así.

9. ¡La sorpresa que probé cuando, al leer el *Facundo* de Sarmiento, entendí que éste no era el cretino que yo me había imaginado leyendo la biografía de Gálvez!

Alemania se traducía en cincuenta cuatro horas semanales de trabajo,¹⁰ y en pesados impuestos para pagar las indemnizaciones de guerra y acoger a los millones de fugitivos del Este.

Porque los alemanes y los italianos fueron solidarios con su pasado nazi o fascista, lo pudieron superar.¹¹ Y hoy son pueblos respetados. Y garantía de la paz mundial.

V. “Memoria” y “Reconciliación”

“MEMORIA”: PLURALIDAD DE SENTIDOS

25. ¿Qué tiene que ver lo dicho, y todo lo que queda en el tintero, con los dos términos claves de este triduo de conferencias: “Memoria y Reconciliación”? Para un cristiano, muchísimo, sea por lo que estas palabras significan para nosotros, sea por la tarea que ellas nos imponen cumplir en la sociedad argentina.

10. Recuerdo cuando el canciller Konrad Adenauer le comunicó al pueblo alemán que, en adelante, se trabajaría sólo 53 horas semanales y no ya 54. Porque se trabajaba 9 horas diarias de lunes a sábado (8 horas para el propio sustento y 1 para la reconstrucción). El gran anuncio fue, que en adelante, el sábado se trabajaría sólo 8 horas y no 9.

11. A fines de 2003, fui invitado por Adveniat para colaborar en la colecta de Navidad, que los católicos alemanes hacen cada año para ayudar a las Iglesias en América Latina. En el programa de actividades me pusieron tres conferencias: en la Universidad de Maguncia, en la Academia Católica de Friburgo y en la de Múnster, con el título: *La Argentina en la crisis y después de ella - Desafíos para la Iglesia*. En ella hice la siguiente afirmación: “Los argentinos no nos animamos a aceptar todavía que como pueblo fuimos consecutivamente guerrilleros y represores. Con nuestro silencio. Con nuestra falta de crítica. Muchas veces con nuestra complicidad. No tenemos la valentía que tuvieron los alemanes de aceptar su corresponsabilidad con el nazismo, aun cuando en muchos casos no hubiesen sido cómplices activos. Sin la corresponsabilidad de la sociedad argentina, la guerrilla no habría alcanzado la virulencia que logró. Ni tampoco las Fuerzas Armadas habrían podido encender el infierno que lograron atizar. Y de esta corresponsabilidad no excluyo a ningún sector de la sociedad: la prensa, la universidad, los partidos políticos, los sindicatos, muchos sectores de la misma Iglesia”. Al final de la conferencia, una profesora pidió la palabra y me dijo: “Usted habló de nuestra corresponsabilidad con el nazismo. Preferimos que se la llame *nuestra solidaridad con la época del nazismo*, porque no somos *corresponsables de él*”. Inteligente la profesora. Hizo la distinción que yo no supe hacer entre *corresponsabilidad* con el pasado y *solidaridad* con él. ¿Cómo ella, que no había nacido, podía ser corresponsable? Me llamó gratamente la atención que no se sacase el lazo de encima. Es alemana. Y es solidaria con las glorias y las vergüenzas del pasado de su Patria.

Al decir “para un cristiano”, no excluyo a nadie, pero no puedo dejar de subrayar el particular significado que estas palabras tienen para nosotros. No porque todos las digan, todos significamos lo mismo.

Muchos hoy viajan a Alemania y vuelven admirados de cómo allí se cultiva la Memoria, con los antiguos campos de concentración nazis transformados en lugares de meditación. Pero van y vuelven como turistas. Ni idea tienen que hubo previamente un trabajo paciente, cultural y político, por parte del mundo de la cultura y de los grandes partidos, y pastoral por parte de las Iglesias, para asumir el pasado nazi como trampolín hacia un futuro nuevo; y, así, desde la dolorosa Memoria del nazismo, adquirir una visión nueva de nación democrática. Ni tampoco conocen la cantidad de pequeños pasos concretos dados entre Alemania y Francia para superar la ancestral enemistad y reconciliarse.¹² Los monumentos materiales por sí solos no guardan la memoria ni reconcilian. Incluso, erigidos con torpeza, pueden promover el rencor.¹³

Esta última palabra, “ren-cor”, aunque tiene la misma raíz que “recuerdo” (*cor*, “corazón”), significa todo lo contrario. “Re-cord-ar” es volver a poner en el corazón algo doloroso o alegre ya vivido, para volverlo a vivir con paz y lanzarse hacia el futuro. El “ren-cor”, en cambio, es mascullar una y otra vez el dolor y quedarse paralizado en el pasado.

LA MEMORIA DE JESUCRISTO

26. “Memoria” es para los cristianos la palabra más sagrada de todas. Para circunscribirnos a la Liturgia máxima, que es la Santa Misa: la pala-

12. Recuerdo que en 1971 (¿o 1976?) visité en Roma al cardenal Garrone, antiguo arzobispo de Toulouse y Prefecto de la Congregación para la Educación Católica. Una figura extraordinaria. Después de la guerra había sido encargado por el episcopado francés para tender puentes espirituales con Alemania. El Episcopado alemán hizo otro tanto, nombrando a otro Obispo. Al ser nombrado Prefecto, el cardenal le pidió a Pablo VI que le diese por secretario a su antiguo interlocutor alemán. Y se lo dio.

13. En noviembre de 2003, el sacerdote responsable de la pastoral de los católicos de habla hispana en Mainz, me llevó frente a Koblenz a visitar el enorme monumento dedicado a “Germania”, hecho con los cañones arrebatados a los franceses en la guerra de 1870, transformado ahora en monumento a “Europa”. El símbolo de la Alemania nacionalista de ayer, símbolo ahora de la Unión Europea. Ello fue posible porque antes hubo dos gobernantes clarividentes, Schumann y Adenauer, que se jugaron a la reconciliación de Francia y Alemania.

bra “Memoria” la atraviesa toda entera. Sólo el Misal Romano, sin contar el Leccionario, la menciona 141 veces.¹⁴ En todas las celebraciones eucarísticas se repite el mandato de Jesús: *Hagan esto en Memoria mía*, que trae San Lucas (22, 19).

Para entender debidamente este término, hemos de apreciar el contexto en que Jesús lo pronuncia. Lo hace después de manifestar *he deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes antes de mi Pasión* (Lc 22, 15) y después que *tomó el pan dio gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Esto es mi Cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía* (v. 19).

San Pablo, por su parte, une el mandato de Jesús de obrar en su Memoria tanto al partir el pan, cuanto al beber la copa: *Esto es mi Cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en Memoria mía... Esta copa es la Nueva Alianza que se sella en mi Sangre. Siempre que la beban, háganlo en Memoria mía* (1 Co 11, 24-25). Y agrega: *Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor hasta que él vuelva* (v. 26).

27. La “Memoria” cristiana es, pues, la celebración del misterio de Cristo, muerto, resucitado y glorificado a la derecha del Padre, que ya anticipa sacramentalmente su venida gloriosa. Por ello, después de la consagración, el sacerdote continúa: *Al celebrar ahora el Memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa...* (Plegaria Eucarística III, n. 114).¹⁵

28. Los cristianos celebramos también la Memoria de todos aquellos que siguieron los pasos de Cristo: *Veneramos ante todo la memoria de la*

14 Cf. *Concordantia Verbalis Missalis Romani*, Münster, 1983: Commemoratio 58 veces, Commemoro 2, Memminor (Memento 15), Memor 5, Memoria 47, Memoriale 10, Memoro 4. Además: Recordo 7, Recordatio 1.

15. El sacerdote, además de repetir las palabras de Cristo sobre su Memoria en el momento de la Consagración del pan y del vino, al retomar la acción de gracias siempre se refiere a la Memoria que celebra la Iglesia: a.) Plegaria I n. 93; b.) Plegaria II n. 107; c.) Plegaria III n. 114; y d.) Plegaria IV n. 123. Véase, también, Plegaria sobre Reconciliación I y II (cf. Ordinario, ed. argentina, pp. 123 y 129). En las Plegarias para las Misas de Niños, I, II y III, está adaptado a su lenguaje (o.c. pp. 136, 142 y 150).

gloriosa siempre Virgen María,¹⁶ de los santos Apóstoles y mártires,¹⁷ y la de todos los santos. Sin olvidar a nuestros difuntos.¹⁸

CELEBRAR LA MEMORIA DE CRISTO CON AMOR FRATERNO

29. Hacer Memoria de Cristo es celebrar no sólo lo que aconteció en él una vez para siempre, sino lo que acontece en nosotros que creemos en él y lo amamos. Lo celebramos para que acontezca. Y creemos que, si lo celebramos bien dispuestos, acontece.¹⁹

“Hacer esto en Memoria mía” no es sólo repetir materialmente un gesto que hizo Cristo en el pasado. Es unirnos espiritualmente a él en el presente que, en el sacramento de su muerte por nosotros pecadores, renueva la Alianza Nueva y definitiva; y se nos da a nosotros peregrinos como alimento y bebida espiritual en el pan y en el vino consagrados. Celebrar su Memoria, por tanto, es unirnos a él para tener el valor de vivir y morir por nuestros hermanos en la muerte incruenta de cada día, haciéndonos también para ellos pan que los alimente y vino que los alegre.

Por ello, a la celebración de la “Memoria” de Cristo, que al comienzo se la llamó “Fracción del Pan” pues rememora el mismo gesto de Cristo en la Cena (Hch 2, 42; 20, 7), y que pronto se la llamó “Eucaristía”, también se la llamó “Agape”, “Amor”. De allí que una condición indispensable para celebrar la Memoria de Cristo sea la concordia de los corazones. Por eso San Lucas, en su Evangelio, después de la institución de la Memoria, puso la escena de la discordia de los apóstoles que se disputaban la primacía. No era esa la manera en que podrían celebrar la

16. Cf. *Canon romano* 82.

17. Desde muy antiguo la Iglesia recogió los nombres de los que morían sacrificados por Cristo o que sufrían la cárcel por su causa. Cf. San Cipriano (año 250), epístola 37, al Clero: *No dejen de asentar los días en que fallecen (los encarcelados por la fe), para que cuando celebremos la conmemoración de los demás mártires, hagamos memoria también de ellos.*

18. *Acuérdate también de tus hijos que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz (Misal Romano 97).*

19. Por ello oramos: *Señor, después de recibir este Sacramento, memorial perpetuo de la Pasión de tu Hijo, te pedimos que aproveche para nuestra salvación este don que es fruto de tu inefable amor (Domingo 17º, Postcomunió).*

Memoria de Cristo. Por ello Jesús los corrigió: *Entre ustedes no debe ser así (como hacen los reyes prepotentes). Al contrario, el que es el más grande, que se comporte como el menor, y el que gobierna, como un servidor* (Lc 22, 26). Por ello también San Pablo reprende con severidad a los corintios que armaban disputas durante la celebración de la Memoria de Cristo: *Cuando se reúnen, lo que menos hacen es comer la Cena del Señor* (v. 20).

“RECONCILIACIÓN”

30. No menos rica y sagrada es la segunda palabra del título principal de estas conferencias: “Reconciliación”. La Iglesia la heredó de Jesús, que la pronunció en el *Sermón de la Montaña: Si al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, ve a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces vuelve a presentar tu ofrenda* (Mt 5, 23-24).

Reconciliación y Memoria en el misterio cristiano van juntas. No hay Memoria cristiana sin Reconciliación.²⁰ Por ello que la celebración de la Misa (o Memoria de Cristo) siempre comienza con el acto penitencial. Y después de la consagración el sacerdote reza: *Padre, al celebrar ahora el Memorial de la pasión salvadora de tu Hijo... te pedimos que esta Víctima de Reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero* (Misal Romano, Plegaria III, n.114).

No hay que olvidar, por otra parte, que uno de los sacramentos de la Iglesia se llama “Reconciliación”, con más propiedad que “Confesión” o “Penitencia”.

31. San Pablo se vio obligado a profundizar en la comprensión de este término, pues, entre otros problemas pastorales a iluminar, se encontraba ante el problema entonces enorme de que los cristianos de origen judío aceptasen en pie de igualdad a los cristianos de origen pagano, a los cuales hasta ayer habían tratado como seres “impuros”. Cristianos judíos y cristianos paganos debían “reconciliarse”.

20. Sin contar las dos Plegarias Eucarísticas sobre la Reconciliación, la palabra aparece 8 veces en el Misal Romano. En el Concilio aparece 13 veces. En los documentos del Episcopado argentino, aparece innumerables veces, y desde mucho antes de la instauración del régimen militar de 1976.

Ante la imposibilidad de tratar aquí ampliamente la doctrina al respecto de San Pablo, les leo sólo un párrafo de la carta a los Efesios, dónde el Apóstol dice: *Cristo es nuestra paz: él ha unidos a los dos pueblos (judíos y gentiles) en uno solo, derribando el muro de la enemistad que los separaba... Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, **restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios** en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona* (Ef 2, 14-16).²¹

32. La enseñanza de San Pablo supone que era imposible que nosotros por nosotros mismos nos reconciliásemos con Dios a quien habíamos ofendido. Pero gracias a que Cristo se solidarizó con nosotros, haciéndose hombre, hermano nuestro, asumiendo nuestra misma carne pecadora; y, tomando nuestro lugar, puede representarnos ante Dios cabalmente. Y, por su vida humana santa, nos ha reconciliado con él. Pues Dios, al contemplar la humanidad santísima de su Hijo, no puede menos de mirar con complacencia a todos los que somos sus hermanos, por pecadores que seamos.

San Pablo da a entender que nuestra situación de pecadores reconciliados con Dios es mucho mejor que la que hubiésemos tenido si nuestro padre Adán no hubiese pecado: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (Rom 5, 20). Por ello, los cristianos creemos que es posible la reconciliación no sólo en la Iglesia, sino en el plano social. Incluso que es posible alcanzar un grado de amistad social mayor que el que se tenía antes de la discordia.

21. *Todo esto procede de Dios, que **nos reconcilió con él** por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, **reconciliando al mundo consigo**, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la **palabra de la reconciliación**. Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo, y es Dios el que exhorta a los hombres por intermedio nuestro. Por eso les suplicamos en nombre de Cristo: **Déjense reconciliar con Dios**. A aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado a favor nuestro, a fin de que nosotros seamos justificados por él* (2 Co 5, 18-21).

*Porque si siendo enemigos, **fuiamos reconciliados con Dios** por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que **estamos reconciliados**, seremos salvados por su vida. Y esto no es todo: nosotros nos gloriamos en Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien desde ahora **hemos recibido la reconciliación*** (Rom 5, 10-11).

*Dios quiso que residiera en él (Cristo) toda la Plenitud. Por él **quiso reconciliar consigo todo** lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz... Ahora él **los ha reconciliado** en el cuerpo carnal de su Hijo, entregándolo a la muerte, a fin de que ustedes pudieran presentarse delante de él como una ofrenda santa, inmaculada e irrepachable* (Colosenses 1, 20-22).

33. Leyendo la enseñanza de San Pablo sobre la Reconciliación, Ustedes pueden intuir la tarea ante la que se encuentra permanentemente la Iglesia, que vive con los hombres de este mundo en permanente discordia. Y también pueden imaginar la tarea que les espera a Ustedes, como futuros hombres de la política. Si bien el campo de la Iglesia y el de la política son distintos, y distintas las tareas que en la Reconciliación nos corresponden a clérigos y a laicos, ustedes como ciudadanos cristianos no podrán prescindir de la fe para inspirar las acciones políticas que decidan. Y, en especial, las acciones que cultiven la “Memoria” para que “Nunca Más” se repita lo vivido en aquellos años y la “Reconciliación” para que se afiance la amistad social entre lo argentinos.

VI. Sugerencias pastorales

34. A fin de que la Memoria y la Reconciliación cristiana operen en la Argentina en el plano práctico, formulo algunas sugerencias que, aunque no referidas directamente a superar las heridas de la violencia, están destinadas a ubicarnos con los dos pies dentro de nuestra realidad. Cuando uno está ubicado con realismo, comienza a ser “reconciliador”.

1º.) **Actuar con sencillez y concreción.** Cristo celebró anticipadamente la Memoria de su Muerte y Resurrección de manera muy doméstica: con un pan y una copa de vino. De allí, el valor de los gestos sencillos y concretos que realicemos los cristianos para reconciliarnos entre los argentinos. Y, en especial, los que deba hacer la Iglesia como institución.²²

22. No puedo olvidar cómo, al llegar a Posadas en 1986, los familiares de presos y desaparecidos durante la Dictadura militar me visitaron para pedirme continuar con una costumbre del antiguo Obispo, monseñor Jorge Kemerer, de reunirse periódicamente con él a orar para recabar consuelo. Lo hice varias veces mientras no me lo impidieron las visitas pastorales al interior. Además, recuerdo que, volviendo a Posadas desde Buenos Aires, en el avión, un pasajero que viajaba junto a mi asiento, se me presentó como funcionario de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y como antiguo perseguido político, que había merecido la atención pastoral del Obispo Kemerer. ¡Lo agradecido que estaba ese hombre! Su nombre se me escapa. Todo eso explica la fuerte y justa reacción de monseñor Juan Martínez, Obispo de Posadas, a fines del año pasado, cuando el Presidente Kirchner visitó Misiones para apoyar la

2°.) **Suscitar la conciencia ciudadana del cristiano.** La Iglesia no está presente por sí misma en la sociedad política. Sólo indirectamente a través de los ciudadanos que profesan la fe católica. Estos están llamados a actuar bajo su propia responsabilidad, no en nombre de la Iglesia; y conforme al juicio de su conciencia iluminada por la fe. De allí que una tarea muy importante de la Iglesia es catequizar al cristiano como ciudadano.

3°.) **Respetar a la autoridad y resistir democráticamente sus abusos.** El hecho que toda autoridad provenga de Dios, impone al cristiano dos deberes: a.) respeto, manifestado en el acatamiento a sus leyes y en la oración por ella; y b.) resistencia pacífica y democrática, así haya que pagar con la cárcel contando con la fuerza del Espíritu Santo, cuando ella se pone por encima de la ley de Dios, a la manera como hicieron los primeros cristianos y los mártires judíos del Antiguo Testamento ante los reyes perseguidores.

4°.) **Fortalecer las instituciones civiles de mediación.** La sociedad política tiene sus propias instituciones de mediación, especialmente el Parlamento. En la Argentina existe una tendencia fácil a pedir la mediación de la Iglesia cuando los conflictos sociales se agravan. De allí, la tentación a intervenir en forma indebida, con el consiguiente debilitamiento de las instituciones civiles y la desilusión por la posterior ingratitud de las instituciones civiles que pidieron la mediación.²³

5°.) **Aceptar que vivimos en una sociedad que no es cristiana.** Hoy se habla mucho del “Choque de las Civilizaciones”, y pensamos con frecuencia en la tensión entre Occidente y el Islam. Pero pensamos poco en otro choque cultural interno muy profundo que padece Occidente, en torno al valor fundamental de la persona humana y de los fundamentos de la ética. La aspiración a vivir en una cultura cristiana no ha de enga-

reforma constitucional de la Provincia e incluir la reelección indefinida del Gobernador. Y, una vez más, repitió su crítica a los Obispos por el papel durante la Dictadura. Nada peor en Misiones que tocar la figura de monseñor Kemerer. Aunque entrerriano de nacimiento, pocos hombres hicieron tanto por la provincia y los Derechos Humanos. Lo dicen a las claras muchas de sus obras, especialmente la atención a los aborígenes y a los ciegos.

23. Cfr. C. J. GIAQUINTA, “El Presbítero y el compromiso social por el Bien Común”. *Pastores*, 36, septiembre de 2006, pp.4-15; especialmente: IV. Las tentaciones del Presbítero y de la Iglesia en lo social, pp.13-14.

ñarnos y llevarnos a pensar que todavía vivimos en ella, o que sería fácil volver a respirarla. La evangelización de la cultura es hoy un problema mucho más complejo que cuando los Apóstoles comenzaron la primera evangelización.

6°.) **Aprender a vivir en medio de una conflictualidad creciente.** La Iglesia y los cristianos hemos de aprender a ejercer nuestra misión reconciliadora en la sociedad no sólo en el momento en que cesa el fuego de los bandos, sino permanentemente, porque los conflictos tienden cada vez más a ser permanentes. Además, la Iglesia misma será cada vez más el blanco contra el cual se desahoguen los conflictos: una especie de chivo emisario. Y ante los agravios deberá responder con la mansedumbre y la fortaleza del Evangelio.

7°.) **Reaprender a proclamar el Evangelio.** En la Iglesia, si bien se ha progresado en la necesidad del testimonio cristiano, ha decrecido en forma alarmante la conciencia de la importancia del anuncio explícito del Evangelio. La preparación que se imparte en los centros de formación para aprender a comunicar el Evangelio es pobrísima. Muchas veces ni se sabe hacer la lectura litúrgica de la Palabra de Dios en la Misa dominical. Y algunos programas católicos a través de los Medios muestran una religiosidad anacrónica. Aprender a proclamar el Evangelio es una tarea urgente. Sólo así la Iglesia puede hacer oír su voz reconciliadora: *Somos embajadores de Cristo... Les suplicamos en nombre de él: "Déjense reconciliar con Dios"* (2 Co 5,20).